



La soledad del corredor de fondo



Alan Sillitoe

Traducción del inglés a cargo de
Mercedes Cebrián

Introducción de
Kiko Amat



IMPEDIMENTA



La soledad
del corredor de fondo

La soledad del corredor de fondo

Nada más llegar al reformatorio me destinaron a corredor de fondo. Supongo que pensaron que estaba hecho para eso porque era alto y flaco para mi edad (y lo sigo siendo) y de todas formas, a mí me daba un poco igual, a decir verdad, porque correr siempre había sido algo importante para nuestra familia, especialmente correr huyendo de la policía. Siempre he sido un buen corredor, veloz y de zanca larga; el único problema era que aunque el día del trabajo en la panadería corrí lo más rápido que pude, y puedo afirmar que logré una muy buena marca a pesar de todo, no por ello evité que me pescaran los polis tras todo aquello.

Os sonará un poco raro eso de que haya corredores de fondo de campo a través en el reformatorio; pensaréis que lo primero que un corredor de este tipo haría cuando lo dejasen suelto por los prados y bosques, sería huir del lugar tan lejos como pueda llevarle la barriga llena de la bazofia del reformatorio, pero os equivocáis, y os diré por qué. Lo

primero es que esos hijos de puta que nos mandan no son tan bobos como parecen la mayor parte del tiempo, y lo segundo es que yo tampoco soy tan bobo como parecería si tratase de escaparme por ahí aprovechando la competición, porque fugarse para que luego te pillen no es más que una pérdida de tiempo, y yo no tengo ganas de perderlo. Es la astucia lo que cuenta en esta vida, e incluso la propia astucia has de usarla del modo más disimulado que puedas; os lo digo sin rodeos: ellos son astutos y yo soy astuto. Solo con que «ellos» y «nosotros» tuviésemos las mismas ideas seríamos como uña y carne, pero ellos no están de acuerdo con nosotros ni nosotros lo estamos con ellos, y así es la cosa y así seguirá siendo siempre. Lo único cierto de todo esto es que todos somos astutos, de ahí que no nos podamos ni ver. Así es que ellos saben que no trataré de huir de sus garras: se sientan ahí como arañas en ese caserón en ruinas, posados sobre el tejado igual que unas grajillas presuntuosas, oteando los caminos y prados como generales alemanes desde la torreta de sus tanques. E incluso cuando mi trote me lleva tras un bosque y ya no pueden verme, saben que mi pelo a cepillo acabará asomando por encima del seto en una hora y que daré parte al tipo de la verja. Porque cuando en una cruda mañana helada de invierno me levanto a las cinco y me pongo en pie sobre el frío suelo de piedra con la tripa tiritándome, y a todos los demás todavía les queda otra hora para seguir dormitando antes de que suene la campana y bajo sigilosamente las escaleras atravesando todos los pasillos hasta el gran portón de salida agarrando mi tarjeta de corredor con la mano hecha un puño, me siento como el primer y último hombre sobre la tierra, ambas cosas a la

vez, si podéis entender lo que estoy tratando de decir. Me siento como el primer hombre porque voy casi en cueros y me mandan a los campos helados en camiseta y pantalón corto —cuando incluso el primer pobre indeseable al que dejaron sobre la faz de la tierra en pleno invierno sabía cómo fabricarse un traje con hojas, o cómo despellejar un pterodáctilo para usarlo de abrigo. Pero aquí estoy yo, tieso de frío, sin nada que me caliente salvo un par de horas de carrera de fondo antes del desayuno, ni siquiera una rebanada de pan con matarratas. Me están entrenando de lo lindo para el gran día del deporte, cuando vienen todos esos mocosos cara de cerdo de los duques y las damas —esos que no saben sumar dos más dos y que se volverían tarumbas si no tuviesen una partida de esclavos a su entera disposición—, y nos sueltan discursos sobre el deporte: que es lo que nos hará llevar una vida honrada y mantener las yemas de esos dedos inquietos lejos de los picaportes y de las cerraduras de las tiendas, y de las horquillas que abren los contadores del gas. Y nos dan un trozo de cinta azul y una copa como premio después de acabar hechos polvo de tanto correr o saltar como caballos de carreras, solo que a nosotros no nos cuidan tan bien como a los dichosos caballos de carreras.

Así que aquí estoy, plantado en la entrada en camiseta y pantalón corto, sin una miga reseca de pan siquiera calentándome la barriga, mirando absorto las flores cubiertas de escarcha que crecen fuera. Supongo que pensaréis que esa imagen bastaría para hacerme llorar. Pues de eso nada. Solo porque me sienta como el primer fulano que pisó la tierra no me voy a poner a berrear. Me hace sentir mil veces mejor que cuando estoy enjaulado en ese dormitorio con otros

trescientos infelices como yo. No, cuando no lo llevo tan bien es solo algunas veces en las que estoy ahí fuera considerándome el *último* hombre sobre la tierra. Me tengo por el último hombre sobre la tierra porque pienso que esos otros trescientos gandules que dejo ahí atrás están ya fiambres. Duermen tan a pierna suelta que me creo que todas esas cabezas andrajosas la han palmado durante la noche y que solamente quedo yo, y cuando miro los arbustos y estanques helados tengo la sensación de que va a hacer más y más frío hasta que todo lo que veo, incluidos mis propios brazos enrojecidos, se cubra de mil kilómetros de hielo; todo a mi alrededor, toda la tierra, hasta el cielo, incluido cualquier pedacito de tierra firme y de mar. Así que intento apartar de mí esa sensación y actuar como si fuese el primer hombre sobre la tierra. Y eso me hace sentir bien, así que en cuanto entro en calor lo bastante como para que esta sensación me invada, cruzo de un brinco el umbral de la puerta y allá que me lanzo a trotar.

Estoy en Essex. Se supone que es un buen reformatorio, al menos eso es lo que me dijo el director cuando llegué aquí desde Nottingham. «Queremos confiar en ti durante tu estancia en esta institución», dijo, alisando su periódico con esas blanquísimas manos de no haber dado un palo al agua en su vida, mientras yo leía las grandes palabras que veía del revés: *Daily Telegraph*. «Si juegas limpio con nosotros, jugaremos limpio contigo.» (Os juro que uno pensaría que la cosa se trataba de un largo partido de tenis.) «Queremos que se trabaje duro y con honradez, y fomentamos el atletismo de nivel», dijo también. «Y si nos das ambas cosas, ten por seguro que te trataremos bien y te devolve-

remos al mundo hecho un hombre honrado.» Bueno, creí que me moría de la risa, sobre todo cuando justo después de esto escuché los ladridos del sargento mayor llamándome la atención a mí y a otros dos y poniéndonos a desfilar como si fuésemos granaderos. Y cuando el director siguió diciendo lo mucho que «queremos» que hagas esto, y lo que «deseamos» que hagas lo de más allá, yo seguí buscando con la mirada a los otros tipejos, preguntándome cuántos habría por allí. Por supuesto, me constaba que había miles, pero hasta donde yo podía ver, solamente había uno en la sala. Hay miles de ellos por todo este infecto país: en las tiendas, en las oficinas, en las estaciones de tren, en los coches, en las casas, en los pubs... Tipos cumplidores de la ley como vosotros, como ellos, todos atentos y vigilando a los proscritos como yo, y esperando para llamar a los polis tan pronto como vean que damos un paso en falso. Y esto seguirá así, como lo estáis oyendo, porque yo no he terminado de dar pasos en falso todavía, y me atrevería a decir que no terminaré hasta el día en que la palme. Si los tipos legales confían en lograr que deje de darlos, entonces están perdiendo el tiempo. También podrían ponerme contra el paredón y disparar con una docena de rifles: solo así nos pondrían firmes a mí y a otros tantos millones de tipos como yo. Porque desde que llegué aquí, he estado pensando mucho. Pueden espiarnos todo el día para ver si nos la estamos meneando o si hacemos bien nuestro trabajo y le damos al «atletismo» pero no pueden hacer una radiografía de nuestras entrañas y adivinar lo que andamos pensando en lo más íntimo. Llevo tiempo preguntándome todo tipo de cosas, y pensando sobre la vida que he llevado hasta ahora. Me gusta hacerlo.

Es muy entretenido: ayuda a que el tiempo pase y a que el reformatorio no parezca ni la mitad de malo de lo que los chicos de nuestra calle afirmaban que era. Y la tontería esta de las carreras de fondo es lo mejor de todo, porque me ayuda a pensar tan bien que aprendo cosas incluso mejor que cuando estoy en la piltra por la noche. Y además, con eso de pensar tanto mientras corro resulta que me he ido convirtiendo en uno de los mejores corredores del reformatorio. No conozco a nadie que haga el circuito de seis kilómetros más rápido que yo.

Así que tan pronto como me viene a la cabeza que soy el primer hombre que trajeron al mundo, cada mañana temprano, cuando ni siquiera los pájaros tienen agallas para echarse a trinar, nada más dar esa primera zancada en dirección al páramo helado me pongo a pensar, y comprendo que eso es lo que más me gusta del mundo. Doy mis vueltas como soñando, doblo las curvas de los caminos y los senderos sin darme apenas cuenta, salto por los arroyos sin reparar en ellos, y grito buenos días al tipo madrugador que ordeña las vacas sin verlo siquiera. Es un lujo ser un corredor de fondo, ahí fuera, solo en el mundo, sin un alma que te ponga de mal humor o te diga qué tienes que hacer, o que hay una tienda en la que entrar a robar un poco más atrás, en la siguiente calle. A veces pienso que nunca soy tan libre como durante ese par de horas en las que troto por el sendero fuera de las verjas y doy vueltas alrededor de ese roble pelado y barrigón que hay al final. A mi alrededor todo está muerto, pero para bien, porque está muerto antes de cobrar vida siquiera, no muerto tras haber estado vivo. Así es como lo veo yo. Eso sí, casi todas las veces empiezo tieso de frío. No noto las manos

ni los pies ni mis miembros en absoluto; es como si fuese un fantasma que no supiera que el suelo está bajo sus pies de no ser porque lo atisba de vez en cuando a través de la niebla. Pero aunque haya gente que seguro que escribiría una carta a su mamaíta para contarle que le dan calambres cada vez que sale a correr, yo jamás diría nada así, porque sé que en cuanto lleve corriendo media hora habré entrado en calor, y que para cuando llegue a la carretera principal y gire hacia el sendero de los trigales, junto a la parada del autobús, estaré tan caliente como una estufa salamandra y tan feliz como un perro con una lata en el rabo.

Es una buena vida la que llevo, me digo a mí mismo, siempre que no te rindas ante la poli, los gerifaltes del reformatorio y todos esos tipos legales con cara de hijo de puta. Trot-trot-trot, puf-puf-puf, slap-slap-slap, así resuenan mis pies sobre la tierra dura. Fris-fris-fris, cuando los brazos y costados se rozan con las ramas desnudas de un arbusto. Porque ahora tengo diecisiete años y cuando me dejen salir de aquí —eso si no me escapo antes y veo que las cosas ocurren de otra manera— seguro que intentarán que me enrolé en el ejército, y ¿qué diferencia hay entre el ejército y el lugar en el que estoy ahora? A mí no me engañan, los muy bandidos. He visto los barracones cerca de donde vivo, y si no fuera porque siempre hay soldados con rifles haciendo la guardia, apenas se notaría la diferencia entre el cuartel y el lugar en el que estoy ahora. Y aunque los soldados salgan alguna vez entre semana a tomarse una pinta, ¿eso qué narices importa? ¿No salgo yo tres mañanas cada semana a correr por el campo? Eso es cincuenta veces mejor que empinar el codo, me apuesto lo que quieran. Cuando me dijeron por

primera vez que iba a correr sin un guardia pedaleando detrás de mí en una bici no me lo podía creer, pero me contaron que me encontraba en un lugar moderno y progresista, aunque a mí no me engañan porque sé que no es más que un reformatorio como todos, si me atengo a las historias que he escuchado; la única diferencia es que aquí me dejan triscar por ahí de vez en cuando. Porque un reformatorio es un reformatorio, da igual cómo lo pinten; pero en cualquier caso, al principio no me parecía nada bien que me obligasen a levantarme tan temprano y me envasen a correr ocho kilómetros con el estómago vacío, hasta que me convencieron de que no lo considerase algo tan malo —cosa que yo siempre supe— y me trataron como a un buen deportista y me dieron palmaditas en la espalda cuando dije que lo haría de mil amores y que intentaría ganar para ellos la copa del Premio Banda Azul de reformatorios (para toda Inglaterra) para carreras campo a través. Y ahora el director habla conmigo cuando viene a hacer sus rondas, casi como hablaría con su caballo de carreras ganador, si tuviese uno.

—¿Todo bien, Smith? —pregunta.

—Sí, señor —le respondo.

Le da tironcitos a su bigote gris:

—¿Cómo va lo de la carrera?

—Me he propuesto correr por los prados después de comer solo para entrenarme, señor —le comento.

Al imbécil barrigón ojos de huevo le encanta oír eso.

—Buen trabajo, buen trabajo. Sé que conseguirás esa copa para nosotros —dice.

Y yo juro para mis adentros: «Sí, por tus cojones la voy a conseguir».